



REVISTA DE LITERATURA, CIENCIA Y ARTE CRISTIANO

ÉPOCA 5.^a — AÑO XIII. — TOMO XI.

NÚMERO 7. — Madrid 5 de Marzo de 1888.

NÚMERO SUELTO, CINCUENTA CÉNTIMOS.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN	
MADRID Y PROVINCIAS	
Tres meses.....	4 ptas.
Seis meses.....	7,50 "
Un año.....	15 "
CUBA Y PUERTO-RICO	
Seis meses.....	2 1/2 pf. fs.
Un año.....	4 "

PROPIEDAD DEL ASILO DE HUERFANOS DEL S. C. DE JESÚS

Director: D. FERNANDO MARTÍNEZ PEDROSA

CON LA COLABORACIÓN DE LOS PRIMEROS ESCRITORES CATÓLICOS

PRECIOS DE SUSCRICIÓN	
EXTRANJERO	
Seis meses.....	11 fr.
Un año.....	21 "
FILIPINAS Y AMÉRICA	
Seis meses.....	3 ps. fs.
Un año.....	5 "

SUMARIO

Texto.

La Década. Tordesillas. — El Jubileo Pontificio y el Gobierno de Italia, Joaquín S. de Toca. — El hipnotismo, por el Abate Elias Blanc, versión española, Manuel Llanes Montull. — A la poesía, Antonio Arnao, de la Real Academia Española. — La velada, Fernando Martínez Pedrosa. — Lágrimas ocultas, Micaela de Silva. — Libros nuevos, S. — Asociaciones benéficas. — Crónica. — Notas sueltas.

Grabados.

VISTA GENERAL DEL MONASTERIO DE RIPOLL Y PÓRTICO DEL MISMO, por J. Pahissa. — El Monasterio de Santa Maria de Ripoll, cuya fundación se remonta al primer Conde de Barcelona Vifredo el Belloso, es una de las maravillas de Cataluña, y no es fácil, en breves líneas, describir las bellezas de estas ruinas restauradas y cantadas con estró potente por el inspirado poeta, maestro en gay saber, Jacinto Verdaguer. El arte se explica mejor por sí mismo. El admirable lápiz de Pahissa y los cantos del poeta lo harán sentir mejor.

CASTILLO DE MOYA. — En Manresa, antiguo país de lacetanos, se halla este famoso Castillo, que la observación naturalista de Pahissa ha sorprendido reproduciéndole en un día de nevada. La vista es de lo más pintoresco y verdadero que ha concebido el famoso dibujante, cuyas carteras de viaje resumen las grandezas catalanas.

PAISAJE, por J. Guasch. — Recuerdo de un malogrado artista. Apunte delicadísimo, reflejo y detalles interesantes de la naturaleza. Los árboles, el espacio, todo demuestra el buen gusto del autor.

LA DÉCADA

LA Congregación de Ritos, en Roma, declaró que no conviene á la santidad de los templos y á sus augustas ceremonias la iluminación de luz eléctrica, ni el exagerado uso de flores artificiales, que en cestitas y otros afeminados objetos se emplean para adornar retablos y capillas; sólo si se acepta, como autorizado desde los primeros siglos de la Iglesia, el empleo de flores naturales dedicadas á las imágenes, y especialmente á las que representan á la Virgen María.

Algo hay que reprochar sobre los excesivos y á veces abigarrados adornos con que se cubren los

altares; sobre las vestimentas de tela de las imágenes, que suelen ocultar detalles y artísticos plegados de las esculturas; sobre ese flujo de recargar de objetos y perfiles humanos figuras que por sí solas hablan mejor al espíritu y contemplación de los devotos; sobre el mal efecto de convertir efigies y camarines en escaparates de joyería, lo cual ocasiona peligros de la codicia y expone á desacatos y sacrilegios. De los templos extranjeros, y especialmente de los franceses, hemos copiado esa costumbre que suele dar en profana; que extrema el fervor de la religión; que turba el sagrado concierto de las manifestaciones del culto, y que menoscaba la seriedad, la sencillez y la majestad de la Iglesia.

* * *



VISTA GENERAL DEL MONASTERIO DE RIPOLL, por J. PAHISSA.

Ahora que se acercan las severas solemnidades de Semana Santa, los días consagrados á conmemorar la pasión y muerte del Redentor del mundo, las ceremonias y oficios de la Iglesia en que todo debe concurrir al sentimiento de la fe católica, hay que observar la exageración, la extralimitación frecuente en la manera impropia, en la forma abusiva de exornar los monumentos. Muchos de nuestros templos presentan un golpe de vista teatral; la nave principal, el presbiterio, cerrado de telones y bambalinas, de nubes pintorreadas, de atributos y figuras naturalistas, que alejan la devoción; todo ese conjunto de trastos, lonas y brochazos de horchatería debe desaparecer. Los guardias romanos, colocados al margen del sepulcro de Cristo; figuras chabacanas y á veces caricaturescas, que por rutina é indiscreta tolerancia se exhiben en los monumentos, hay que proscribirlos, ó á lo menos que un examen artístico autorice los que no desdigan del objeto. Hay Iglesias donde en el día de viernes santo, por ejemplo, al terminar el sermón de las siete palabras, las figuras se mueven por resorte de magia, lo cual recuerda escenas de los pasos, ó tradiciones que aun se conservan en los pueblos más humildes. Estas, que me atrevería á calificar de farasas, adecuadas al escenario, merecen, tanto como las pinturas y bastidores, inmediato correctivo. El respeto á los ritos y festividades religiosas exige que los monumentos sean adornados con esa grandiosa sencillez y pulcritud propia de la Iglesia, desterrando las decoraciones de teatro que la han invadido; los muebles y objetos de uso doméstico, con que se altera la unidad y severidad de los altares, y cuántos útiles y muestras de quinquillería se aglomeran y escogen equivocadamente para mayor esplendor, y que, por el contrario, le quitan. Los Sres. Prelados, los Párrocos, los adornistas, no necesitan excitación para fijarse en estas costumbres, en estas corruptelas, dignas de consideración y enmienda.

* *

De sucesos exteriores aumenta la preocupación de Europa, el estado del Príncipe heredero de Alemania, que según las últimas noticias es gravísimo, pudiendo ser posible que cuando esta crónica vea la luz, haya dejado de existir. Recuerdo aquella revista que, acompañado de nuestro malogrado Rey, pasó á las tropas, en su visita á España: su aspecto marcial y vigorosa complexión que parecían anunciar larga vida, tan larga como la de su padre. Rápida enfermedad mina su existencia, y para combatirla, nada ha podido lograr el areópago científico, los médicos ingleses y alemanes, divididos en la manera de apreciar el origen del mal, pero sin conseguir vencerle. Tantos sabios, tantos doctores, tantas eminencias procurando descubrir el misterio de la vida... y declarándose impotentes para eso.

Aquí, algunos banquetes políticos, científicos; en el Ferrol, se anuncia uno que dará la marina y que costará ¡cuatro mil duros! Calor en la cocina y nieve en el Norte, que sepulta casas en Santander con habitantes dentro, y que en Pajares, ocasiona la muerte de varios hombres y amenaza al pueblo entero. En este libro de la vida no hay página que no contenga alguna calamidad, casual ó inadvertidamente, celebrada con algún atracón.

* *

Y ¿qué sucedió, pregunta mi curiosidad, qué fué de aquellos proyectos para celebrar en Abril, la Exposición de la industria y de las artes madrileñas? Aquella legión, más que junta de notabilidades, que tantas veces se reunió, que tanto habló, que suscribió proyectos, tomó medidas, escogió personal, nombró delegados y comisarios, y que por último y des-

pués de dimes y diretes, sacó á concurso y aprobó un cartel muy bonito, ¿qué ha hecho después? ¿No acordó reunirse nuevamente para resolver la cuestión de local? ¿O es que se confirma aquello que se temió, aquello que se dijo—en broma sería, porque no es verosímil—de que el palacio de las Artes de la Castellana, puede venirse abajo? ¿Será cierto que los sacrificios hechos, que la rifa semi-malograda del Ayuntamiento, que aquellas apariencias de grandeza vienen á convertirse en ruinas? Entonces, ¿qué construcción aparatosa sería esa? ¿Habría lugar á pensar, como alguien supone, que en la cimentación de ese edificio, no se tuvo en cuenta la proximidad del canalillo, que aunque desviado no lo fué tanto como el peligro requería, ni como al principio se proyectó? ¿Podrá ser cierto que las filtraciones de agua perjudiquen de tal modo á los cimientos? ¿Será que la construcción no corresponde á los planos? ¿O qué será, que nadie dice ó nadie sabe? ¿Se ha formado expediente? ¿La cuestión se empapeló? Pues ya pueden sentarse las esperanzas. Nos quedaremos sin Exposiciones, sin más exposición que la de que algún muro de aquéllos, se nos venga encima. Vea usted un caserón, al parecer tan fuerte; una media naranja que ni la de una catedral... ¿Con que es decir que ya no hay junta? ¿Que no se celebra la festividad de la industria? ¿Que el cartel se queda compuesto y sin esquina?

Pero la Exposición podría verificarse en el Retiro, como demostró un preopinante. En la de Minería había muchas instalaciones exteriores, muchos departamentos campestres, y ahora tenemos nada menos que un Palacio de cristal. ¿Qué dificultades se oponen á que el proyecto se realice allí...? Meditemos.

* *

Las señoras. ¡Ah!—como diría sin ton ni son un congresista,—las señoras hacen en España muchas cosas buenas que no se saben, ó que se sorprenden por no querer que se sepan. Obras caritativas; trabajos de fina labor social, como la Asociación establecida en España para atender á la instrucción y educación de la juventud de Marruecos, abriendo nuevas escuelas en los puntos de la costa, establecer clases y proporcionar medios de subsistencia á las familias pobres. Es decir, minar para edificar; llevar la civilización á la raza africana.

Las mujeres en Francia, no todas son madamas Michel, toman rumbo á las esferas del arte y se hacen pintoras ó escultoras. La Sociedad que las une hace siete años, celebra actualmente una Exposición en que figuran 500 cuadros y 30 esculturas. Figuras, bustos, estudios del natural, paisajes impresionistas, marinas, puestas de sol, género, flores, muchas, y frutas. Gran colección de retratos, en fin, una galería cuajada de telas pintorescas y con la cual arraiga, en el concepto público, la unión de pintoras y escultoras, cuyo número es de llamar la atención. Ya que decaiga allí la pintura varonil, que no se arríe la bandera del arte, recogida por Mad. Bertaux, escultora y fundadora de la Asociación.

Las austriacas respiran por la música: no por el canto, sino por el arte instrumental, concertista. Una orquesta de 40 profesoras anda por el mundo, que ofrece venir á la Exposición de Barcelona mediante la suma de 3.000 duros mensuales. La aristocracia rusa forma una sociedad exclusiva de carreras de trineos: las mujeres harán maravillas en este pugilato del *sport*; lucirán diversos colores, regirán briosos caballos; se disputarán premios de brillantes... y puede que den algún batacazo. El boa de tiempos de la Duquesa de Berry, estará allí en su plenitud; con él se abriga el elegante mundo, femenino; la cola de zibelina y el *thibet* blanco son las pieles de que se forma esa prenda, que Bretón describió en estos cuatro versos:

Boa, pues no das en ello,
es una piel que está en boga,
así, en figura de sogá,
que abriga y adorna el cuello.

Y vean ustedes: ese chisme que se usaba, aunque modestito, en tiempos de nuestro ingenio cómico, sigue sirviendo de corbata al sexo de la variedad y de la novedad.

* *

— Ya sabrá usted la noticia.

— ¿Cuál?

— La leona del Retiro ha muerto.

— ¿Aquella que tanto bramaba?

— Sí, señor; en esto vienen á parar todas las bravatas del mundo.

— ¿Y qué va á hacer el Ayuntamiento?

— Fundirá un león de bronce, para que no muera, y lo meterá en la jaula.

— Pero, ¿tiene recursos para eso?

— Supongo...

— No lo crea usted: está haciendo economías importantes... Ahora ha suprimido la compra de palmas, para el Domingo de Ramos.

— Ya entiendo. Cuando los concejales asistan á los Oficios, levantarán las palmas... de las manos.

Fordesillas

EL JUBILEO PONTIFICIO Y EL GOBIERNO DE ITALIA

I

EL JUBILEO Y LA SOBERANÍA PONTIFICIA

DOCOS son en el escenario político los actores que no sientan roto en sus manos, ó convertido en inextricable madeja, el hilo conductor de su marcha, y perdido el norte principal para la dirección y gobierno de la patria, al verse envueltos en el tropel de los por menores, incidentes, continuados apremios y responsabilidades inmediatas, que constituyen la natural urdimbre de la vida política. Distráidos por los compromisos y detalles menudos de personas y cosas; comprimidas las más enérgicas iniciativas por las disciplinas é imposiciones de los partidos y el desarrollo de circunstancias y situaciones imprevistas y siempre nuevas, los gobernantes se encuentran como oprimidos entre el engranaje de potente máquina. Internados en una selva sin senderos, les falta el horizonte para las grandes orientaciones. Sobre ellos tiene el mero espectador superiores ventajas para apreciar las perspectivas de conjunto, y seguir con mayor unidad de criterio entre las peripecias de los sucesos el desarrollo del drama nacional.

Por otra parte, como la política es por naturaleza un drama eterno, cuyos sucesivos desenlaces no se perciben jamás por una misma generación, y aparecen siempre preñados de enigmas para lo venidero, entre los mismos espectadores (si es que en este desenvolvimiento dramático puede algún contemporáneo constituirse en mero espectador), se originan á su vez las mayores confusiones ante la contradicción de actitudes con que se descubren á nosotros los principales protagonistas. Con efecto, los estadistas de más vigorosa fijeza de miras al poner por obra pensamientos y propósitos hondamente meditados, necesitan desplegar, como dote cardinal para la ejecución, cualidades de flexibilidad de carácter, atrevimientos y prudencias, prontitudes y temporizaciones que se dobleguen á las vicisitudes de los sucesos, percibiendo, penetrando y

dominando instantáneamente y con tenacidad de propósitos, los incidentes favorables ó adversos que surgen de improviso, y ante los cuales se han de anticipar á sus contemporáneos, para percibir el sentido y relación de cada suceso en la fisiología individual y colectiva de la naturaleza humana, poniendo en juego las artes características del verdadero gobernante, para que en definitiva converjan hacia los propios fines que ellos persiguen, las fuerzas sociales y las realidades de significación más opuesta. Así, la manifestación accidental y aislada de las cualidades diversas que el estadista ha de desplegar; los caminos, al parecer encontrados, por que se empeña; sus avances y retrocesos; sus alternativas de identificación con actos y movimientos de opinión hostiles y hasta irreconciliables entre sí; la discordia momentánea con sus naturales aliados y la alianza con los propios enemigos de su causa, son factores que desorientan al observador más perspicaz, presentándole la conducta del hombre de Estado, entre enigmas y contradicciones incomprendibles, hasta tanto que el resultado definitivo venga á descifrarlos.

Surgen todavía más complejas estas dificultades de observación, cuando en el hecho que se ha de apreciar se complican en una situación internacional que liga á toda la cristiandad un estado de derecho público é imposiciones de fuerza, conflictos de resistencia para diferentes Imperios, rencores y ambiciones de potencias y razas, principios é intereses seculares que afectan á la humanidad entera como necesidad religiosa de la conciencia individual y de los organismos nacionales. Para formar juicio exacto acerca de la actitud de los Estados enfrente del trascendental problema cuya solución se impondrá en plazo más ó menos largo, es menester tener en cuenta todas estas consideraciones y las circunstancias respectivas por las cuales, en determinado momento, atraviesa cada nación, y sirven de norma de conducta á sus gobernantes. Se precaven así no pocas temeridades de juicio fundando confianzas excesivas ó recelos infundados, por suponer derroteros equivocados ó incertidumbres de dirección en políticos de acreditada sagacidad, cuando están dando bordadas para ganar vientos adversos.

Con este criterio nos proponemos analizar la significación é influencia probable del presente Jubileo Papal en las futuras negociaciones internacionales, para el afianzamiento efectivo de la soberanía pontificia. Las mismas contradicciones aparentes de actitud y conducta, que ante el apremio de circunstancias accidentales hayan ofrecido respecto de los intereses de la Iglesia, las potencias y sus estadistas más eminentes, nos servirán para inducir cuál será á la postre el desenlace de la cuestión romana, cuando hayan descargado estas pavorosas tormentas guerreras que al presente se ciernen sobre Europa, y ante cuyas amenazas ninguna nación se siente hoy tan segura de sí, que no procure aumentar á su favor las probabilidades de la victoria, neutralizando á toda costa enemigos si no consigue vincularlos á su causa á título de aliados.

No es, pues, nuestro ánimo en esto abogar por que nuestra patria ó algún otro Estado, tome inmediatamente en la cuestión romana iniciativas de intervención, que por prematuras, sólo conducirían á peligrosos aislamientos para quien las emprendiera fuera de sazón. Quien á tal empresa se arrojava actualmente, además de comprometer con su temeridad el éxito de su causa, sentaría un precedente de impotencia por cuya funesta ejemplaridad influiría desastrosamente, produciendo mayores dificultades y aplazamientos para la solución definitiva. Fuera del caso de una explosión del agravio de los creyentes, que á modo de grito de cruzada, estremeciera todos los ámbitos del mundo, el momento oportuno para el planteamiento de esta gran reivindicación

internacional, que interesa á todas las naciones de la cristiandad, únicamente puede precisarlo con acierto el verdadero hombre de Estado capaz de penetrar con superior intuición todos los aspectos de este problema y suficientemente experto para presentir sus repercusiones más lejanas en la vida interna de la patria y en el concierto de las naciones, y dar, en el instante crítico, el golpe decisivo de palanca que rompa todas las dificultades y estorbos, neutralizando ó quebrantando las fuerzas conjuradas para la resistencia.

Entre tanto, y mientras llega esa hora solemne, es deber de todos los católicos y de sus Gobiernos, mantener la cuestión intacta, pero vivo y alerta en las conciencias el sentimiento de esta necesidad primordial del orden moral, sin cuya plena satisfacción el catolicismo entero vive como fuera de la normalidad de su existencia. Si hasta las ideas y preocupaciones absurdas apoderadas de las muchedumbres, por el mero hecho de su dominio en la opinión vulgar, constituyen una realidad de importancia capital para los gobernantes, estas fuerzas de la opinión, asentadas sobre los principios fundamentales del orden moral, y arraigadas en esas convicciones de conciencia que encierran las claves de los supremos destinos humanos, constituyen palancas irresistibles, con las cuales se destruyen todas las dominaciones de la tierra que intentaran afrontarlas.

* * *

Las solemnidades con que el mundo católico celebra el Jubileo Sacerdotal del Soberano Pontífice, no sólo son ceremonias en las cuales recibe satisfacción la piedad filial del creyente, sino que constituyen además, en la historia del Pontificado uno de esos acontecimientos extraordinarios que quedan para siempre grabados en sus anales, como principales jalones, con los cuales esta augusta dinastía fija los grandes desenvolvimientos de su soberanía.

Espectáculos tales, únicamente puede proporcionarlos una religión enseñoreada á un tiempo con soberano imperio de la creencia y de la ciencia, de las grandes claves de la moral y de la política, y que posesionada, en fin, de la conciencia individual, como de la vida colectiva de las sociedades, por medio de los admirables vínculos de sus disciplinas morales, trae á grandiosa unidad á los hombres y á las naciones de todos los siglos, de todas las regiones del Universo, á los súbditos de todos los reinos y repúblicas, cualquiera que sea la constitución política que los rija.

En vano tendría aspiración semejante cualquiera otra Iglesia. Encerradas las unas en un organismo de nacionalidad ó en algún exclusivismo de raza; reducidas las otras á la subjetividad del criterio de la conciencia individual, todas ellas son impotentes para fijar una regla espiritual de unidad que convenga por igual al individuo y á las sociedades, sin acepción de tiempos, lugares ó de constituciones diversas de la soberanía política.

Sobre todo en el orden religioso, la universalidad es criterio distintivo y fundamental de los verdaderos principios. No puede ser verdadero el dogma que determine la ortodoxia ó la herejía, por demarcación de longitudes y latitudes. Lleva sobre sí el estigma de la falsedad, todo dogma que tenga por fronteras las cimas de las cordilleras ó las márgenes de los ríos, los territorios nacionales ó las diferencias de raza. Por esto entre las innumerables supersticiones y creencias que, desde los ritos inmundos y bestiales, hasta los apotegmas más sutiles del racionalismo, prosternaron á los hombres ante diferentes ídolos, la humanidad no ha conocido nunca, ni conocerá jamás, sino una sola religión que pueda llevar y lleve, por acatamiento unánime, el título exclusivo de la religión verdadera. Únicamente ella es la Iglesia Universal. Católica se llamó desde su

aparición en la tierra, y católica será hasta la consumación de los siglos. Aunque sus dogmas y disciplinas se nieguen en todo ó en parte, por las impugnaciones y asaltos de las herejías, jamás el fanatismo sectario será capaz de poner en tela de juicio este título de católica, que recibió de la esencia misma de sus afirmaciones y principios, del propio modo que á toda otra secta ó religión, la esencia misma de sus herejías ó negaciones le impone la denominación de la protesta ó del cisma, de la verdad ó del rito mutilado que le ha dado el sér. Cual nunca está presenciando hoy el mundo cómo, ahora más todavía que en los días de Lepanto, Imperios inmensos, por no pertenecer á la cristiandad, están amenazados de ruina inminente. En Asia, en África, en América y Oceanía, los territorios, una vez ocupados por la civilización cristiana, no vuelven ya á poder de idólatras é infieles, desapareciendo en masa pueblos y razas en cumplimiento de este decreto providencial. Y al propio tiempo, dentro de los reales de la cristiandad, podrán multiplicarse las sectas protestantes sobre el fondo común de la tradición evangélica que guardaron hasta nuestro siglo, ó bien sobre la base de la negación radical del orden cristiano, que al presente les suministra el racionalismo filosófico; podrán subsistir Iglesias llamadas orientales ú occidentales, rusas ó griegas, cristianismos galicanos, ortodoxias anglicanas, pero sólo una Iglesia podrá llevar el título que expresa la unidad y la universalidad, es decir, la posesión íntegra de esas sobrenaturales esencias del dogma, fuera de cuya órbita divina, no germinan organismos espirituales, que abarquen á todas las generaciones y á todos los pueblos en la grandiosa unidad de la misma creencia y disciplina moral, y constituyan con la humanidad entera el cuerpo místico de una sola Iglesia.

El Pontificado romano es la institución maravillosa que corresponde á este principio de unidad y universalidad y lo encarna en la tierra. Depositario de las palabras de Cristo que han de sobrevivir á la tierra y al firmamento, preserva los tesoros evangélicos contra las injurias de las muchedumbres, las soberbias é indisciplinas del criterio privado y las catástrofes de la historia, guardándolos bajo los siete sellos de su autoridad, á fin de que el hijo del hombre encuentre siempre puros estos misteriosos manantiales alimento primordial de la vida humana. Tales son las funciones espirituales de esta soberanía, la más extraordinaria y admirable de cuantas ha conocido la historia; sin ella el catolicismo sería incoherente amalgama de miembros sin trabazón. Por ella, todos los pueblos del Universo y todas las generaciones humanas se eslabonan en el seno de la Iglesia á un centro común; y todas las criaturas que han pasado y pasarán sobre la tierra, sacudida cada una individualmente por las pasiones, apetitos y cuidados, esperanzas y realidades, alegrías y tribulaciones que perturban cada hora de la vida; arrebatadas todas, cada cual con peripecias diversas, por el torbellino de los sucesos que forman la trama de la existencia humana al través de los siglos, constituyen, sin embargo, un rebaño místico movido por sentimientos, aspiraciones y creencias comunes, caminando bajo el cayado de un solo Pastor que, instituido en Vicario de la soberanía celestial, derrama raudales de luz sobre los horizontes de la eternidad, y conduce la grey humana hacia la misteriosa región donde cuerpo y alma han de hallar el supremo destino que se sigue tras la muerte. El Pontificado es, pues, principal aparejo que tiene el creyente para bien vivir y surcar con algún norte la existencia; con él concuerda la entrada de la vida con la salida, y las venturas y los dolores propios con los ajenos, y une, por último, la tierra al cielo. A su vez, la Iglesia con el Pontificado permanece en un mismo sér, por entre las mudanzas de las edades

y el traspaso de las generaciones. Y los pueblos, que tampoco pueden sustraer su existencia á las vicisitudes de nacimiento y descomposición de todo lo creado, encuentran un organismo espiritual, por el cual se transmiten de siglo en siglo el inapreciable legado de la civilización cristiana, como depósito fundamental para los destinos humanos; destinos supremos en los cuales la vida misma de los Estados se resuelve á la postre, como un incidente del proceso providencial impuesto á los hombres y á las sociedades hasta que la humanidad entera penetre en la eternidad. Por todo ello, aun en el presente siglo que ha fantaseado religiones sin Dios, no se concibe un catolicismo sin Papa; y las conjuraciones para la destrucción de la Iglesia se encaminaron principalmente por instinto satánico á hacer imposible la existencia del Papado, despojándole de los medios naturales para el desempeño de su soberanía en medio de las sociedades humanas.

JOAQUÍN S. DE TOCA.

EL HIPNOTISMO¹

POR EL ABATE ELÍAS BLANC

PROFESOR DE FILOSOFÍA EN LAS FACULTADES CATÓLICAS DE LYÓN

versión española de

D. MANUEL LLANES MONTULL

PRESBITERO



tal el ansia del espíritu humano, que lo desconocido provoca siempre su curiosidad, y si á lo desconocido se añade lo misterioso, lo divino ó sobrehumano, el deseo de penetrarlo se aumenta con la esperanza de sorprender alguno de los secretos de ese mundo invisible en que estamos sumergidos y de la vida futura que nos aguarda. Encerrados en rincón obscuro del tiempo y del espacio, é ignorando el todo de nada, quisiéramos poseer el infinito, que nos falta, ó cuando menos comprendernos á nosotros mismos, y nuestra curiosidad se extrema á medida que queda menos satisfecha.

Esa pasión insaciable del alma por lo desconocido ha engendrado todas las ciencias, pues la ciencia no es más que la victoria sobre lo desconocido; y ha dado origen á errores y supersticiones. Emanciparse de ellos por la ciencia y la religión verdadera, ese es el primer deber del espíritu humano, que comprende todos los demás. Disipar las vanas ilusiones, no detenerse sino ante las realidades, y si éstas escapan á nuestros esfuerzos, suspender nuestro juicio, saber dudar, pero guardar incólume la fe, tanto más cuanto la ciencia es insuficiente: tal es el gran deber del espíritu, en presencia de los problemas de la vida presente y los enigmas del porvenir.

Quisiéramos precisar aquí esa actitud que el cristiano debe guardar ante una cuestión difícil y peligrosa que conmueve al público y escandaliza á no pocos: hablamos del hipnotismo. Ante este nombre, venido á estar en moda, la investigación de lo desconocido y misterioso, apasionó de golpe á sabios y á ignorantes. Obras, memorias, estudios de toda clase, hánse multiplicado en estos últimos tiempos; periódicos, revistas ilustradas que hacen profesión de una ciencia rigurosamente experimental, publican artículos que antes sólo hubiesen merecido menosprecio; el hipnotismo bajo todas sus formas, con

¹ LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA, admite este escrito, sin prejuzgar en absoluto materia tan compleja, que comienza en España á dilucidarse. Reconoce fundadas las reservas y prevenciones de la Iglesia, ante las deducciones que se desprenden de los actos del hipnotismo y de las prácticas que con carácter de espectáculo se verifican; pero no aventura opinión hasta que razones y hechos, vengán á dar luz sobre este medio terapéutico á que apela la Medicina.

todos sus fenómenos, ha sido observado, descrito, analizado, reputándose como científicas sus prácticas; las mismas Academias han tomado más de una vez parte activa en estos debates. No es nuestro intento reseñar este movimiento ni investigar los antecedentes del hipnotismo: en cualquier parte pueden adquirirse tales noticias. Nuestro propósito es más general y tal como lo permite un estudio ante todo filosófico.

Habida cuenta de la extensión y gravedad de la cuestión, apelaremos á los principios científicos necesarios para ilustrarla y resolverla, ó cuando menos, para saber dudar. Porque nada más sabio que la duda cuando falta la certeza, y en esta cuestión la echamos de menos. Someteremos á un examen rápido algunos de los fenómenos singulares, escogidos entre los más recientes y mejor comprobados. Nuestras conclusiones prácticas se deducirán por sí mismas. La *cuestión*, los *principios* y el examen de los *hechos*, tal es la división de este estudio.

I

La cuestión es harto compleja: resume cuantas se han agitado acerca de la naturaleza del hombre, los estados extraordinarios del alma y sus relaciones con lo invisible. Puede verse con presteza: cualesquiera que hayan sido los esfuerzos de los sabios por circunscribir la cuestión del hipnotismo, se ha agrandado, invade las cuestiones que le son afines, llena la Filosofía y la Religión, arrastra consigo á los mismos positivistas, y no está tal vez lejano el día en que resuciten, á pesar de sus protestas, las cuestiones de metafísica, inmortalidad del alma, posibilidad del milagro y revelación. Entre la ciencia materialista, absolutamente incrédula, y el espiritismo supersticioso se prepara una transición, la evolución las aproxima; tiende á confundirlas, y su lazo de unión es ya visible. Constreñidos por los hechos, los positivistas comienzan á sospechar que el mecanismo y la materia no son suficientes á explicar los fenómenos; si reconocen el engaño del espiritismo extravagante, tendrán que refugiarse en el espiritismo cristiano, conducidos por el buen sentido de la fe católica.

Es de ver cómo el estudio de los fenómenos y leyes les lleva progresivamente y á pesar suyo ante los problemas superiores que habían menospreciado, y relegado á las quimeras y pueriles preocupaciones de los pueblos primitivos.

¿Qué cosa más sencilla, ó por lo menos más clara en apariencia, que la cuestión del hipnotismo? ¿Qué habrá más extraño á la Religión y la Metafísica? *Hipnotismo* viene del griego ἵπνος (*ipnos*, *sueño*), y designa la ciencia experimental de cierto sueño nervioso, más ó menos lúcido. Pero la cuestión del sueño y de los ensueños es precisamente de las más arduas. Ella puso en tortura el genio de Aristóteles y de todos los filósofos. Todos, por decirlo así, se ejercitaron en este punto tan inagotable como difícil. No podía menos de ser así.

Nada tan común y misterioso como el sueño. Tras el trabajo que agota nuestras fuerzas ó apaga nuestra actividad, secreta languidez invade nuestros miembros; nuestros párpados se cierran y en dulce reposo perdemos la conciencia de nosotros mismos. El tiempo suspende para nosotros su marcha, y si el sueño no se ve turbado, el instante en que uno se duerme parece enlazado con el de despertar. El niño que abre gozoso sus ojos á los primeros rayos del día cree escuchar la voz de su madre que cantando le mecía; no se dió cuenta de las largas horas de la noche; ésta se ha deslizado para él sin tinieblas ni terrores. ¡Feliz quien, á ejemplo suyo, duerme sin sobresalto ni remordimientos; dichoso el sueño no alterado por visiones espantosas ó amargos recuerdos! El despertar entonces aparece baña-

do en atractivos: es una segunda existencia, una resurrección. Más feliz aún es aquel que tuvo sueños de bienandanza. Si la implacable realidad le persigue durante el día, de ella se salva arrojándose en brazos de un sueño reparador. El desterrado ve de nuevo la patria y los ausentes; el huérfano encuentra otra vez á su madre, á quien habla, derramando dulces lágrimas al despertar. ¿Quién de entre nosotros no ha conversado en sueños con sus difuntos y ha gozado de una felicidad tan inocente como imaginaria? Bellas fantasías, sueños de oro, tan presto disipados, ¿quién nos los devolverá convertidos en realidades permanentes?

¡Ah! No nos cause extrañeza que los pueblos hayan creído fácilmente en los sueños. Al presente aún, tras tantos siglos de crítica científica, sería temerario quien se atreviese á negarlo todo. Hay, por decirlo así, una segunda vida, cuyas puertas nos abre el sueño cada día, que participa de la vida presente y á la vez de la vida espiritual. Ese estado inefable en que nos sumerge la naturaleza parece que nos hace más accesibles á ciertos sentimientos, á ciertas verdades. El sueño que cierra los ojos del cuerpo abre los del alma, sobre un mundo oculto ó lejano. ¡Cuántos presentimientos y visiones sobre el porvenir no ha realizado! Los pueblos antiguos tuvieron los sueños como divinos. Dios y los ángeles se han comunicado frecuentemente con el hombre por medio de los sueños. A no dudar, el sueño no es más que un juego de la imaginación y de la naturaleza; sus elementos caprichosos pueden ser ordenados por fuerzas inteligentes; expresar la verdad. De aquí se infiere que no debemos pasmarnos ante los sueños proféticos y visiones reveladoras, de que nos hablan las Escrituras.

El sueño, ó mejor dicho, el ensueño, es doblemente misterioso: en sí mismo y por los designios superiores á que puede servir. Pero el sueño implica con frecuencia otros fenómenos de los que no puede separarse cuando se le estudia bajo el punto de vista psicológico; nos referimos á las alucinaciones y fenómenos del sonambulismo.

Nadie ignora lo que se entiende por alucinaciones. Bajo el golpe de una emoción fuerte ó prolongada, la imaginación se excita y desarregla; perturba los órganos y crea su objeto en lugar de percibirlo; se sustituye, en cierto sentido, á los sentidos externos, creyendo ver fuera y escuchar lo que no es más que un sueño. Los hechos aducidos son asombrosos. El alucinado se rodea de fantasmas y de espectros horrorosos; con frecuencia reconoce su error, sin llegar á disipar sus ilusiones, y hánse visto desgraciados conducidos al sepulcro por esa enfermedad implacable de la imaginación. La alucinación es como el sueño de una persona despierta, y juega el papel más importante, en la mayor parte de los fenómenos de hipnotismo.

Y otro tanto acontece con el sonambulismo, que no es más que una forma de sueño natural. Presa de agitación inconsciente, el sonámbulo se levanta y marcha sin vacilación entre tinieblas; evita obstáculos, camina con paso seguro por el borde del precipicio; se entrega, como durante el día, á sus habituales ocupaciones; trabaja, compone, escribe, y no sin inspiración, lo que demuestra claramente, que muchos de los sentidos del sonámbulo permanecen despiertos y son tanto más útiles cuanto que los otros quedan más dormidos. Los fenómenos del sonambulismo hipnótico pueden calificarse de maravillosos.

Para complemento de ideas agrupemos aquí otras varias nociones que se relacionan con el hipnotismo.

Por hipnotismo hay que entender sueño nervioso obtenido por medios artificiales y susceptible de diversas formas. El hipnotismo es un sueño muy diferente, sin duda, del sueño natural y reparador;

pero al fin es un sueño, y para juzgar de él científicamente hay que estudiar el sueño natural y sus principales fenómenos, entre los cuales está el ensueño. Lo que distingue, desde luego, al hipnotismo es la manera de producirle: éste no se verifica tras fatiga normal y á intervalos regulares, sino antes bien, á seguida de una enfermedad y por procedimientos más ó menos metódicos. Todo sujeto no es igualmente hipnotizable; la mayor parte de las personas sanas de cuerpo y espíritu rechazan al hipnotismo ó experimentan sólo una ligera somnificación. Hay sujetos nerviosos, particularmente hipnotizables; algunas enfermedades predisponen pasmosamente al hipnotismo, como consta por experiencias realizadas en la Salpêtrière. Si el sujeto está predispuesto, si se le adiestra con ejercicios frecuentes, sorprende su impresionabilidad. Una persona nerviosa, que no pudiera quedar dormida á la primera vez sino por efecto de pases numerosos ó de permanecer largo tiempo fija en un objeto brillante, en un abrir y cerrar de ojos, quedará sumida en el sueño hipnótico. Bastará un gesto, un rayo de luz intensa, un suave golpe, menos todavía, bastará que el hipnotizador mire á la enferma ó penetre en la habitación en que se halle. Y observemos que despertará con la misma facilidad, con un soplo ligero sobre los ojos ó el rostro. Quizá se diga que no hay proporción entre estos procedimientos y efectos. Convenimos; pero debemos limitarnos á recordar hechos frecuentes, que es necesario conocer para estudiar la cuestión.

Lo que nos interesa señalar son las principales formas del hipnotismo. A la manera que el sueño natural tiene sus grados, desde el más tranquilo hasta el más agitado, lleno de fantasías, pesadillas y ejercicios sonambólicos, así acontece con el hipnotismo. Sus formas son infinitas y el paso de una á otra insensible. Sin embargo, Mr. Charcot ha determinado tres: la letargia, la catalepsia y el sonambulismo hipnótico.

En la letargia, los sentidos parecen dormidos, el sueño es profundo, los miembros están inertes y vuelven á caer si se les levanta. Este estado puede combinarse con el siguiente, de modo que la mitad del cuerpo quede sumida en letargia y la otra en catalepsia.

En ésta, los sentidos quedan despiertos y más ó menos excitados; la excitabilidad neuro-muscular es extrema: en tal estado, la enferma adquiere la tiesura y dureza de una barra de hierro y se sostiene horizontalmente apoyando los pies y la cabeza sobre el respaldo de dos sillas. Caracteriza á la catalepsia la facultad de retener todas las actitudes y expresar por los rasgos del rostro los sentimientos que les corresponden. Se levanta el brazo derecho de la cataleptica y permanece extendido sin fatiga, sin temblor, sin aceleración de pulso durante más de un cuarto de hora, cuando el hombre más fuerte no podría sostener la misma prueba. Del mismo modo se hacen tomar al sujeto las actitudes más trágicas: la del mandato, de la oración, de la amenaza, del temor, de la desesperación; queda trocado en estatua viviente, expresiva; dócil bajo la mano como la cera, é inmóvil como el mármol.

No está aquí todo. Según algunos, la catalepsia en tal estado conviértese en sonambulismo. ¿Y á qué separar estos tres estados, como hace Mr. Charcot, jefe de la escuela de la Salpêtrière? Por el contrario, Mr. Berneim y los experimentadores de Nancy lo explican todo por la sugestión: ésta se confunde, pues, con el hipnotismo. Lo cierto es que pueden sugerirse al hipnótico, cataleptico ó sonámbulo, los sentimientos y actitudes correspondientes. Se pone de rodillas á la enferma, y ella ruega; se le cierra el puño, y trata de golpear encolerizada; se le abre la mano aproximándola al rostro, y corresponde con saludos y otras señales de afecto; el ademán de la

mano izquierda puede contradecir el de la derecha: basta cerrar una mano y abrir la otra.

Sugiérense también movimientos sistemáticos ó series de movimientos. Dáse un paraguas al hipnótico, y lo abre como para preservarse de la lluvia; se le coloca ante un lavabo, y se lava las manos; se le entrega cualquier labor de aguja, y la continúa automáticamente.

Se pueden sugerir al sujeto todas las impresiones, todas las alucinaciones. Se le dice: «Eres de vidrio,» y teme romperse. «Eres de azúcar,» y cree desleírse, ó lamiendo la extremidad de sus dedos. «Eres una lámpara,» y trata de encenderse. Se le dice que hace frío, y se le ve tiritar y arrojarse; que hace calor, y parece asfixiarse; que sufre vivamente, y se retuerce de dolor. Se le anuncia que se le va á cortar un brazo, y su espanto es tal, que ha dado ocasión á mortales accidentes. En fin, se le hace creer que tiene un brazo parálisis, y lo demuestra así; se le despierta, y la falsa parálisis permanece; de este modo se ha tenido valor de dejar persistir una parálisis durante 24 horas, costando luego bastante dificultad corregir este mal imaginario.

Pero hay todavía sugestiónes asombrosas y no menos ciertas que las precedentes. Se sugiere verbalmente al hipnótico realizar tal acto en momento fijo; minutos, horas, días, y al despertar, cumple punto por punto el acto prescrito. Hay que tener en cuenta que el sujeto, una vez despierto, nada recuerda del acto, ni del mandamiento, ni piensa en nada; pasan los minutos, las horas, los días, sin que los cuente, ó que tenga conciencia de que los cuenta; y, no obstante, el día y á la hora y minuto fijados de antemano, ejecuta fielmente el acto determinado. ¿Lo ejecuta en estado de vigilia, ó en estado hipnótico? Los expertos dudan; pues el hipnotismo, según los hipnóticos de profesión, es difícil de distinguir del estado de vigilia: cierta actitud violenta, automática, pero ligeramente acentuada, es en algunos casos el único diagnóstico. Aparte de esto, el sujeto se las há exteriormente, como persona despierta.

Cosa más notable aún: al volver al estado hipnótico, el sujeto recuerda lo que ejecutó ó lo que se le había sugerido; pero pierde tal recuerdo al pasar al estado normal, á menos que no se le despierte en el momento mismo en que se cumplen los actos de que se trata. Entonces da pruebas de una memoria asombrosa; recuerda la serie de actos que han ido encadenándose y de los que él tiene, en último término, el primer anillo.

De estas experiencias y varias otras, hartas veces repetidas, resulta que en el hipnótico hay, por decirlo así, dos yo: uno que obra en el estado hipnótico y otro cuando está despierto. Estos dos yo se ignoran las más de las veces uno al otro, aunque puedan obrar simultáneamente alguna; uno de ellos parece inconsciente.—Ejemplo: Se dice á un sujeto ejercitado, escriba una carta á tal persona, mientras continúa conversando: su mano derecha traza líneas regulares y sensatas, en tanto que su espíritu todo entero está en la conversación, y se asombra al leerle la carta. Añádase que la escritura reviste un carácter automático, es corrida y semeja á la escritura de los *mediums*.

Estos nos hacen recordar el magnetismo y espiritismo, y, en efecto, las sugestiónes hipnóticas parecen continuación de aquellas prácticas. Ese yo que el hipnótico no conoce y que obra en él sin su conocimiento y á pesar suyo, y que le posee, por decirlo así, ¿es el espíritu supuesto por los espiritistas? Algunos hipnotizadores han hecho esta advertencia. Explicando el espiritismo por el hipnotismo, se espera explicarlo todo por leyes naturales; mas hay otros fenómenos puramente hipnóticos, que la experiencia nos ofrece. Se trata de la sugestión

mental, y sobre todo de la sugestión á distancia.

La sugestión mental se realiza por un simple pensamiento, sin ninguna palabra, gesto, ni signo exterior. El hipnotizador concentra su pensamiento sobre la acción que el sujeto ha de cumplir, y, pasados unos minutos, queda obedecido. En un principio negóse la sugestión mental; pero los ejemplos son ya tan numerosos; está tan comprobada por los experimentos garantizados de todo error de observación, que es necesario explicarla ó declararse ignorante. ¿Se supondrá cierto fluido magnético, que va de uno á otro cuerpo y permite á las almas comunicarse á distancia? ¿Será mejor suponer espíritus de esos que engañan á los hombres, usurpan su libertad y les encadenan? Los hipnotizadores no pueden rehusar tales cuestiones; vano es que pretendan acantonarse en la fisiología. Puede medirse ya el camino recorrido. El sueño, el ensueño, los estados extraordinarios del alma, los éxtasis, la sugestión, la obsesión misma y la posesión; los problemas más difíciles han sido tratados en cierto modo, el hipnotismo confina con el espiritismo, la magia y la superstición; su dominio, vasto é indeciso, es ciertamente natural en muchos puntos; en otros parece usurpar á la mística.

Como quiera que sea, y sin revelarnos contra él demasiado pronto, hagamos constar la gravedad de la cuestión. La religión, las costumbres, la responsabilidad y dignidad humana, todo se ve aquí empuñado. ¿Qué vendría á ser la libertad, si un operador pudiera dominar las almas, someterlas á su voluntad y sugerirlas actos criminales? Resulta de experiencias conocidas, que el hipnotizado que obra en virtud de sugestión no es libre, ó que su libertad queda en gran manera limitada. En el momento señalado está como poseído de una idea fija, la de cumplir el acto prescrito, que ejecuta con resolución, sangre fría, certeza y precisión increíbles. Espanta pensar en los crímenes á que puede conducir el hipnotismo, y en las dificultades intrincadas que puede ocasionar á los jueces más ejercitados. Si el infeliz que comete un crimen bajo la influencia de la sugestión no es libre, no se le puede castigar. ¿Pero cómo probar que ha obrado bajo esa influencia? Y si, por otra parte, voluntariamente se sometió, lejos de ser inocente, es doblemente culpable.

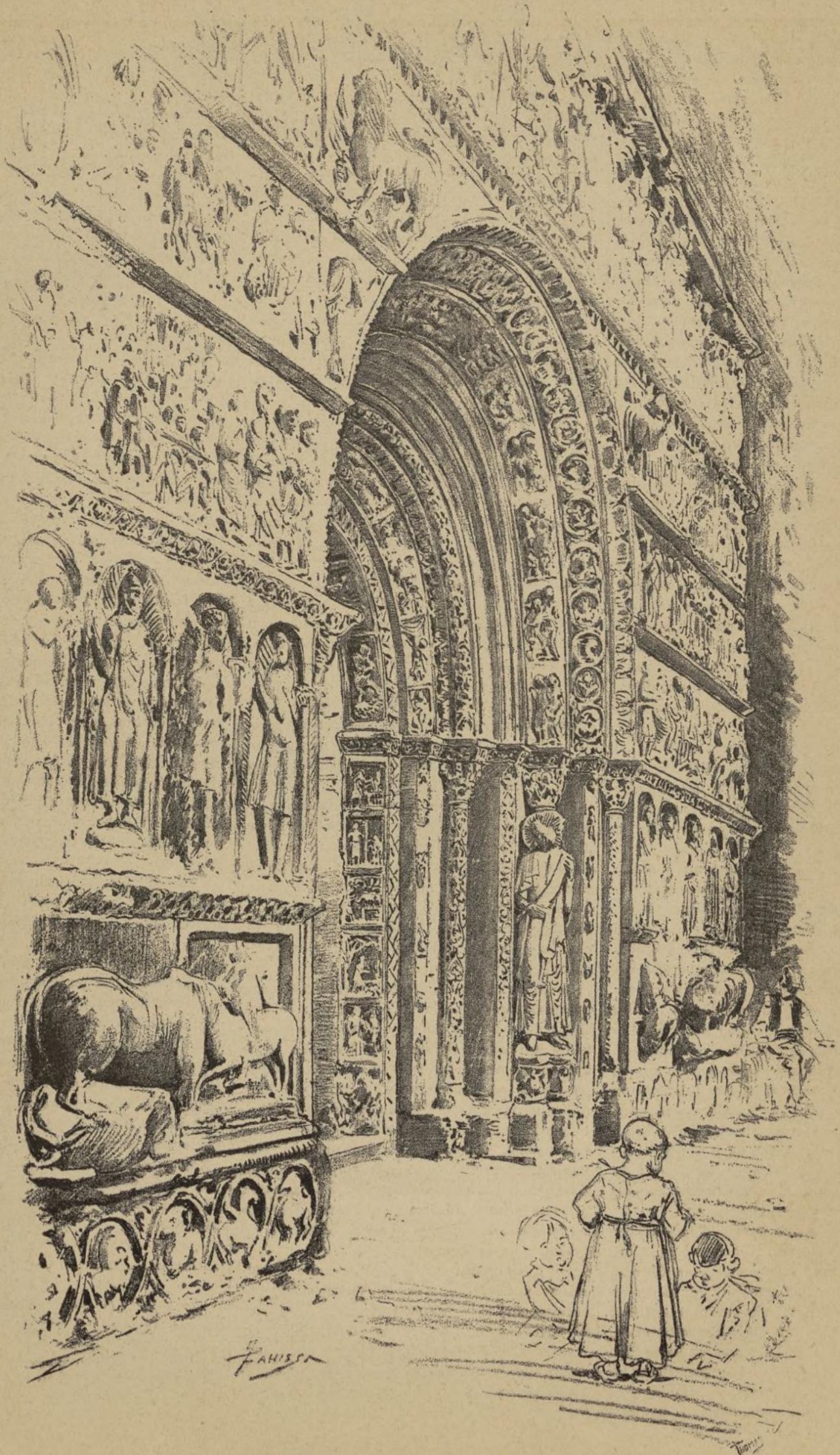
Los médicos de la Salpêtrière confiesan que algunos de sus enfermos se hacen sugerir actos que no se atreverían á realizar en estado normal. Aquí el hecho de la sugestión no hace más que abultar la falta ó el crimen. Y no se limitan á eso las dificultades judiciales que pueden nacer de la sugestión hipnótica. Se podrá sugerir á un testigo ver, escuchar lo que realmente ni ve ni oye; deponer falsamente con perfecta seguridad, etc., etc. De estos ejemplos se deduce que la libertad, la justicia, la moral, el orden público, han de temerle todo de la propagación de las prácticas hipnóticas. No es, pues, ya bastante tratar de soslayo esta cuestión: hay que mirarla de frente y resolverla, ó cuando menos preparar su solución. Esto es lo que vamos á ensayar, llamando en nuestra ayuda los grandes principios con que hay necesidad de ilustrarse para el objeto.

(Continuará.)

Á LA POESÍA

Ni busco premio vano
Cuando imploro tu auxilio, amada mía,
Ni ardoroso me afano
Tras alta nombradía,
Muerte de quien por ella desvaría.

Vago desdén, profundo,
Me inspiran de la Fama los clamores,
Porque sé que es el mundo



PÓRTICO DEL MONASTERIO DE RIPOLL, POR J. PAHISA.

Ayuntamiento de Madrid



CASTILLO DE MOYÁ, POR J. PAHISA.

Ayuntamiento de Madrid

Parcial en sus favores,
Injusto con sus propios servidores.

Otro fin que sublima
La indefinible aspiración que siento,
Mi corazón anima,
Cuando pido á tu acento
Forma para mi humilde pensamiento:

Es el de ver la tierra,
Donde combate el hombre sin reposo
Porque el mal le hace guerra,
A través del hermoso
Velo sutil de tu esplendor glorioso;

Y el de hacer — porque sea
Bálsamo y lenitivo de mis males —
Que mi espíritu vea
Mundos inmatrimales,
Que aquí no ven los ojos corporales.

¡Por cuántas amarguras
Hiciste en mí de tu poder ensayo!
¡Cuántas noches oscuras
De tristeza y desmayo,
Me iluminaste con alegre rayo!

Siempre te amé: mi pecho,
Ver anhelando tu gentil presencia
Y á su pasión estrecho,
Rendida preferencia
Te daba en soñadora adolescencia;

Mas al sentir que oculto
Hay algo en tí, que los dolores calma,
Mi amor trocose en culto
Que te tributa el alma,
Sin codiciar ni galardón ni palma.

Los que del mundo viven
En la confusa turbación creciente,
No sueñan ni conciben
El placer de la mente,
Que al escuchar tus números se siente.

Y siendo á sus oídos
Rumor que suena inútil y al acaso,
Ni aun hiere sus sentidos
La música del Taso,
Ni el dulce lamentar de Garcilaso.

En tanto tú, serena,
Desde etérea región donde señora
Vives, de encantos llena,
Das noble, al que te adora,
Deleite sin igual que el mundo ignora.

Con esto poderoso,
Émulo del pincel por su grandeza,
En cuadro portentoso
De mágica belleza,
Reproduces la gran Naturaleza.

Ya pintas el sol claro
Tras pavorosa noche denegrida,
Ya de la luna el faro;
Bien la vega florida,
Bien la mar por el viento embravecida;

Ora el rumor suave
Del céfiro que juega en la enramada;
Ora el trinar del ave
Cantando en la alborada,
De su ténue fulgor apasionada.

Si revelar deseas
Misterios del mortal en sus pasiones,
Imaginas y creas,
Y arcanas turbaciones
Pintas de los humanos corazones.

Y encuentra en tí, su acento
Cuando al pecho sensible alienta ó mata,
Ya placer, ya tormento;
Ilusión que arrebató,
Desoladora realidad ingrata.

La Música divina,
Tu hermana en hermosura, que nos lleva
Por región peregrina,
De su poder en prueba,
Con vaga sensación el alma eleva.

Mas tú, que recibiste
La palabra elocuente y seductora,
Con voz alegre ó triste,
Dices conmovedora
Lo que informe en sus cantos atesora.

¿Y cómo no he de amarte?
¿Cómo no he de servirte noche y día?
¿Cómo no he de invocarte,
Celeste Poesía,
Siendo gozo del mundo y dicha mía!

Escucha, pues, mi ruego:
En mí tus dones generosa vierte;
Yo te amaré con fuego,
Y en fausta ó dura suerte,
Sé tú, mi compañera hasta la muerte.

ANTONIO ARNAO.

LA VELADA

I



ERA martes de Carnaval. Día esperado, discutido, ansiado en que el mundo iba á divertirse, á gozar de los placeres de la vida; pero el día, no queriendo ser menos que la humanidad, amaneció sombrío, disfrazado de noche. Las nubes daban vuelcos por los aires; el Norte respiraba fuerte; la lluvia helada, en charco el paseo de las máscaras imaginarias, soñadas, que no acudieron á la cita de la emoción y la curiosidad.

Candito, el gomoso burgués, hablaba con su íntimo el Conde de H., apurando un grog en la cervicería. Candito es mozo todo perfil; alto, flexible, típico, encarado como un angelón, decididor y tonto de incógnito, es decir, de esos tontos que á los demás tontos parecen listos. Estos dos hombres olían á cansados, á saciados de esa indiferencia que roe las ilusiones de la presente sociedad. El Conde no gozaba tampoco, ni de la esperanza de ser rico, por más que hacía años iba persiguiendo un golpe acertado. Candito era más feliz; viviendo de un destini- llo y de lo poco que daba de sí la viudedad de su madre, confiaba en el acaso, en lo imprevisto, en cualquier chiripa, para restaurar su crédito. Había quemado el último cartucho al perder el último céntimo. ¿Qué decían estos dos almidonados caballeros...? Oigamos:

— ¿Dónde va el Sr. Conde esta noche?

— Donde ayer. Al círculo. ¿Y tú?

— Al gran baile del duque.

— Lidia también va y ha llorado porque no quiere acompañarla.

— ¡Bravo! Eres un marido modelo de desdén... y Candito repetía para el fondo de su chaleco: ¡Es lista! ¡Bravo, Bravo!

— Tú acompañarás á mi mujer, y respondes de que nada la falte; el coche y el abrigo á tiempo de entrar y salir. Pero, oye, disipado: ¿No estaba tu madre enferma?

— Un catarrillo...

— Pues me dijeron que... y á su edad...!

— Nada, nada de particular; te digo que nada. Ya ves; voy al baile...

Y ya estamos en el baile del gran duque, ó en el duque del gran baile. Candito y Lidia, como buenos íntimos, no se separaron en toda la santa noche, digo, santa no, pecadora. Él era el encargado de negocios, el plenipotenciario del marido de aquella mujer que improvisaba una lágrima por la mañana y derrochaba sonrisas de felicidad por la noche. Hablaban mucho y de prisa; barbotaban palabras vivitas de sentido y de color.

— ¿Verdad — decía la condesa — que mi marido no merece que note su ausencia? Bien se está en el círculo, arruinándose. Las pocas pesetas que le quedan, esas que morirán esta noche sobre el tapete, son los últimos lamentos de mi dote. Mis hijos no cuentan ya con nada de lo que mi padre me dió al casarme. Todo se fué...! tocan wals; anda Candito, walsemos. Luce tu frac colorado. ¡Qué monos estáis! ¡tú irreprochable!

— Sí, estamos como los monos sabios de los toros; y la broma cuesta cara. Cuanto yo tenía y lo que tenían otros, se lo lleva este traje resplandeciente y de color de puesta de sol.

— Creo que se ha abierto el salón más simpático de esta regia morada. Aguzo el olfato, Candito. ¿Ha llegado el feliz momento positivista?

— Sí, Lidia, sí. Vamos á resucitar; yo estoy muerto de debilidad.

— Yo también tengo hambre, y aquí se cena bien; se bebe buen champagne.

— Perfectamente; pero mira, Condesa, no me pidas que yo te sirva el licor de los dioses, porque el color grana es muy delicado y basta ya con haber pagado una vez, esta ruinosa casaca.

Y después de bailar, Candito y la Condesa se sentaron á cenar bien, perfectamente bien, hasta no poder más.

Ahora hemos pasado al círculo. Juego largo y tirado hasta la madrugada. Por eso el Conde está también, tirado en un diván, y muy pensativo... ¿Qué pensará? Claro es: que ha derrochado su fortuna, la de su mujer, la de sus hijos, sus dos inocentes hijos, Carlos y Teresina. Hermosos, seductores, listos, amados de todos y olvidados de sus padres, que delegaron la paternidad en los criados. El Conde no podía menos de pensar en eso... Pues, no señor; pensaba que á última hora le esperaban para celebrar lo que en términos germánicos ó chulescos, se llama una *juerga*. Pensaba y repensaba de dónde sacaría dinero, siquiera un billetillo de 100 pesetas, para no quedar enteramente desacreditado con la beneficiada de la saturnal. El billete suspirado debió caerse de la mesa, porque el caso fué, que el Conde le alzó, se abrigó, y salió á triunfar en la última hora de la velada.

Candito seguía cenando, guleando, sin acordarse de que su madre estaba en cama y con pulmonía. — ¡Callen ustedes! Silencio, señores, que si se sabe, no voy á poder estrenar el frac rojo. — Diría Candito.

Pues, ¡ni que tuviera la verdad pelos en la lengua! Nada, su madre había quedado grave, con pulmonía fulminante. Ni más ni menos.

II

Con la velada contrasta la vela de la religión.

Avanza la noche; á través de los calados de negra verja que divide blanca capilla, de un convento situado muy cerca de la plaza de Chamberí, se descubre gótico altar y su nave, coronada por la figura del Salvador dominando al mundo. A la derecha está la Madre de Dios, sosteniendo amorosamente en sus brazos al Niño. Cubre la sombra el ámbito de la cerrada iglesia; ningún eco humano viene á turbar la santidad de aquel momento. Escasas luces irradian sobre el tabernáculo bañando la sagrada hostia, que resalta como único faro luminoso en las tempestades del alma. Dios vela allí, por el destino de los hombres; presente está á sus miserias y caídas.

La paz que templó las pasiones, el silencio que habla á la conciencia respiran allí, ese inagotable goce del bien que nos consuela y aproxima á la verdad. La luz destaca sobre dos cuerpos que al pie del presbiterio se ven rendidos y humillados; dos figuras humanas, estatuas por lo inmóviles, envueltas en blancos cendales que ocultan túnicas azules, oran entre inadvertidas palpitaciones de temor y ardorosos efluvios de piedad. Son las religiosas Reparadoras del Corazón de Jesús, monjas como el vulgo las llama; espíritus que en mística oración se exhalan remontándose á lo infinito. ¿Qué dicen en su mudo y elocuente lenguaje? ¿Qué piden con la mente, con ese medio activo de expresión interior que domina á la palabra? Misericordia, salud para el linaje humano. No saben nada del mundo en aquel instante, ni por dónde resbala; pero presienten los horrores del abismo, y su inarticulada voz fluctúa entre suspiros y lamentaciones del salmista:

« Ten piedad de mí ¡oh Dios...! »

« Borra mi iniquidad. »

« Lávame, purifícame de mi pecado. »

« A Ti sólo pequé é hice el mal delante de Ti. »

Esta es la velada del culto; la obra de reparación; el desagravio á que responde el dedo de Dios, levantado para cicatrizar heridas del alma.

Las devotas mujeres permanecen todavía, suavizando con lágrimas las huellas del dolor; ahogando los ecos que trae la cansada pero bullente caterva social; clavadas de rodillas en su escaño beatífico, alimentadas con la esperanza y firmes atalayas de la fe.

III

El Zumo, por mal nombre, carretero conductor de escombros, padre de cinco hijos y algo así como marido de Ezequiela, su mujer, fué de los pocos que trabajaron la tarde del martes de Carnaval. El amo le había dicho: — Quita aquella basura de enmedio: unos seis viajes, y el Zumo obedeció. La obra no estaba lejos del campo; gracias á ello no se fueron por su lado las piezas de su desvencijado carrejo, ni la mula, tarda y flacucha, adulada con el nombre de Pimienta, dijo como otras veces: « de aquí no paso. »

El Zumo, camino de la Guindalera, en mangas de roída chaqueta de punto, mal preservado del viento seco que acuchillaba su rostro farisaico, y peor comido que trajeado, echó la alegría de la tarde por la boca; la paseó, canta que canta, agotando su repertorio de coplas que felizmente se llevaba el aire, sin enterarse más que él y la mula, adormecida con aquellas groserías. El trajín terminó con la luz del día. El carretero soltó un ¡soó! rotundo, que Pimienta obedeció agradecida, á la puerta de uno de los paraderos de su verdugo, y éste entró.

Era aquel local reducido, denegrido é infecto, adosado á una cuadra; chiscón entre choza y taberna, en que un tingladillo de cuatro patas y una tabla hacía de mostrador, viéndose allí una jarra desportillada y dos vasos, y debajo un pellejo de vino. La pátina grisácea de la pared, quedaba oculta por mugriento cartelón de toros, sobre el que estaban suspendidas unas amarillentas ristas de ajos. En un vasar, se ostentaban un par de libretas de pan fósil y una cazuela, refugio de algunos pedazos de queso manchego. De un gancho asido á una viga, pendía rechoncha lámpara de petróleo con su tubo charolado de negro humo, y un largo banco tendido á la entrada, era el único mueble útil de la cantina. En el banco había dos obreros con blusa y taleguillo, albañiles sin duda, á quienes servía vino una mujer de edad y sexo indefinibles, que no he de retratar para que no se asuste el lector. En aquel banco se sentó el Zumo, rebuscando escurriduras de tabaco ya fumado, en los bolsillos, sacando papel y liando un cigarro mientras los amigos le saludaban, no con las palabras del ángel, sino con las del diablo. Del saludo vino la invitación; de ésta el consentimiento; de los sorbos la discusión y luego la disputa, ilustrada con palabrotas, denuestos y maldiciones.

— ¿Pues, qué creyéis? — decía el Zumo. — Yo no soy republicano como los tontos.

— Pues, ¿qué serás? — contestaba un albañil, — y añadía el otro:

— Será... ¡Rey! ¡Hombre, me hace ustez reir!

— ¡Soy libre como un emperador...! ¡Soy sicialista! ¡Arnaquista! ¡Tó eso soy! Y si mi aprietas, saco una cerilla y prendo fuego á la casa, porque ésta — señalando á la tabernera — me lleva cuartos por el vino, y eso no es regular, porque todo el vino que hay en el mundo es ¡mío...! ¡mío...! — y al hablar así, se sacudía con mano abierta, recios golpes sobre el pecho.

— ¿Tuyo todo el vino...? ¡Quí! ¡Que no, vaya...! — ¿Y, entonces, de qué nos alimentamos los demás?

— Beberéis lo que yo defe, porque mañana mando ¡yo, yo! Pregúntaselo al compañero Gotita, al que habló en el mítin, y él te lo dirá; él te lo explicará. Los republicanos no sois hombres, ni coméis... ni bebéis... ni sabéis mandar...! Que lo digo, ¡yo! ¡yo!

— ¿Que no bebo? Mira, mira si empino bien. Y el albañil, más resuelto, por poco se traga el vaso, después de apurar de una vez el contenido.

— ¡El pueblo se levantará...! — gritaba el Zumo, cayéndose. — ¡Se levantará... mañana... y os cortará á todos la cabeza...! ¡Este sí que es *paripé*...! ¡Sí, señor...! ¡Yo! ¡yo! Caeréis grandes y chicos... y nosotros... ¡firmes!

Y acompañó esta frase con el grito de mando, y con un traspie.

— ¡Ténle, hombre — dijo un albañil al otro — que se va á desnucar ese bocón!

— ¿Bocón...? ¡Que se escriban esas palabras!

— Escríbelas, que yo no sé escritura.

— Yo tampoco.

— Ni yo — replicó el Zumo; — pero no importa: maldita la falta que hace para mandar ni para afusilar... ¡Yo! ¡yo...! ¡Al hombro, arss! ¡Apunten... fuego!

Aquí metió el ripio de una interjección, y luego vomitó una blasfemia, añadiendo:

— ¡Ya estamos tóos muertos! — y cayó de espaldas sobre el banco, como el toro derribado por la chispa eléctrica.

Los amigos se escurrieron sin pagar, describiendo eses, oscilando como barco en mar picada; y la cantinera, con faz torva, y sin pronunciar una sílaba, asió bajo los brazos al Zumo, que había caído en repugnante sopor, y le llevó arrastrando hasta el sitio donde su carro esperaba. La mula, rendida, se había acostado, y el cuerpo del carretero vino á reposar sobre el cuello del animal, que con su resoplido parecía decir: ¿qué asno será este que se me viene encima?

IV

Era bien entrada la noche: la tabernera cerró á piedra y lodo; apagó la luz, y el campo quedó en paz y durmiendo.

A los bruscos movimientos del Zumo la mula sacudía la cabeza, haciendo sonar sus cascabeles. Hubo un largo compás de espera. De la atmósfera congelada se desprendían moscas blancas, leves copos de nieve, que iban posándose en las desnudeces del carretero. Aterido, inquieto, neurótico, sueña y habla gordo, aunque no se le entiende, pues la ronquera le ahoga. Produce sonidos ásperos, guturales, entre alguna frase inteligible; tiende el brazo sobre la cabeza de la mula, que le embadurna el rostro con su aliento... Algo quería expresar el beodo, como recordando á Ezequiela, su mujer...

— Chica, chica, no seas bruta... ¿Te empeñas que vaya á misa...? ¿Yo...? ¿Yo...? Dame unas magras, vino, vino me pide el cuerpo... ¡Más! ¡Más...! y descerrajaba una descarga de palabrotas, que acabaron en agudo alarido, el cual debió llegar á dos bultos, oscuros como la noche, que se iban aproximando silenciosos, por temor de que se congelaran sus palabras.

Eran altos aquellos fantasmas; parecían dos torres movibles que marchan á compás... dos gigantes cubiertos de hopalandas, llevando un pico saliente en la parte inferior, y en la superior, vista al soslayo, otro pico negro, y reluciente á la claridad del cigarro fumado á hurtadillas; este pico, lejos de asustar, alegraba, como la veleta que anuncia el buen tiempo. Las sombras aligeraron el paso, sin perder su nivel, hasta dar con el carro y con el cuerpo inani-

mado, y al parecer espirante, del carromatero. Era la pareja de la guardia civil.

El Zumo entornó un ojo deslumbrado por la luz del cigarrillo, y con voz de apagada furia, dijo:

— ¿Quién va?

— La autoridad — contestó otra vigorosa voz.

— ¡Mu...era! ¡Mu...era! — replicó el borracho; añadiendo:

— ¡Pún! ¡Pún! ¡Ya he dicho que yo mando aquí! ¡Yo! ¡yo!

Y después de incorporarse, cayó como accidentado. La nieve espesaba; el cielo era una inmensa mancha de tono pizarroso; la tierra una sábana de armiño. Un guardia dijo al otro, tiritando:

— Domínguez, vamos con él, á la Casa de Socorro.

Y Domínguez, dando diente con diente, contestó:

— Al avío, González.

Pusieron mano sobre la cabeza del Zumo, y parecía muerto. El valor personificado se asustó, y González dijo:

— Yo cojo al hombre y le envuelvo en mi capote. Tú arreas y alzas el carro. Le metemos en él y á la...

— Bueno — repuso Domínguez; — pero tú estás delicado, y no debes desabrigarte. El capote me le quitaré yo.

— Domínguez, yo no ando bueno esta noche, verdad; pero soy soltero, y tú tienes hijos, y si te da una pulmonía...

Y González agarró al Zumo, le empinó con fuerza hercúlea y le abrigó. Domínguez arreaba á la mula, y sermoneaba amostazado:

— Me ha faltado usted, González. Yo mando aquí, que soy guardia de primera, y por algo llevo este galón; y por si ese pedazo de atún necesita, para no morir, otro capote, ahí va el mío, y tendrá dos.

Y sin más, se desprendió también del suyo.

Pimienta no obedecía á las voces de ¡mula! ¡mulaaa! ¡jalza! ni á los encontrones que Domínguez le daba con la culata del fusil. Estaba borracha ó desfallecida como su amo. A un arranque del guardia, por fin, la mula se levantó, recobró el carro su posición. González no podía ya, con el peso del carretero, completamente inmóvil. Entre los dos depositaron la carga humana en el carro; la envolvieron cuerpo y cabeza con un capote y las piernas con el otro, y al decir: — ¡Arre...! Pimienta dijo que no. ¿Tendrían que hacer papel de mula, aquellos hombres antes negros y ya blancos de la nieve que les había caído encima? Arrea que te arrea; tira por acá y empuja por allá y... nada; á la mula la habían atornillado al suelo. Poco faltó á González para quitarse la levita y abrigar al cuadrúpedo, al que sin duda le faltaba vida, y Domínguez, con santa calma, sospechando que tendría hambre, sacó un buen zoquete, tente en pie que para sí llevaba en el bolso; le aproximó al hocico de Pimienta; la mula olfateó, absorbió, rumió, tragó é hizo indicación de andar. Domínguez entonces gritó á la desesperada:

— ¡Mula! ¡Arrastrada! ¡Anda! ¡Anda! Y el carro arrancó. Comenzó la peregrinación, saltando baches y amenazando con el vuelco; González empujaba de atrás; Domínguez llevaba la mano asida al cabezal de la mula. Caminaban sobre un lodazal, sin proferir una queja; resignados con la coraza de hielo que cubría su cuerpo; estremecidos, entumecidos por el frío, pero callados y taciturnos como se va á un entierro. Pero de la boca del Zumo, como de un antro, salió un ronquido cavernoso, que los guardias recibieron como sonrisa de la suerte, y reanimados un poco, iban tirando, tropezando, secándose la cara y desparramando frases sueltas como estas:

— González, ¿vas al baile?

— ¿A que me den bromas? No es floja la que nos da este tumbón.

— ¿Sabes que creí que llevábamos un cadáver?
— Y yo. Buena curda, buena; de órdago; ¡y si no llegamos pronto...! Puede que ese cuero tenga hijos...! ¡Cómo estará su mujer...!

— ¡Nos ha dado la gran noche de Carnaval!

El Zumo llegó a la Casa de Socorro: le metieron en la cama; se reanimó, resucitó con friegas y aspersiones de amoníaco; habló, maldijo, blasfemó reincidente, se revolvió contra Dios, contra la Hostia, contra la Virgen; por mecanismo vil del labio, más que por obra del pensamiento; por costumbre odiosa que pena la ley y los hombres no castigan; por rebeldía de carácter; por salvaje rutina, por ignorancia degradante, arraigada en nuestro pueblo.

Falto de todas luces, el ciego despreciable, hizo un ovillo de su cuerpo, inmundo como su lengua, y se durmió. La pareja, los Guardias civiles, los actores de la velada del orden, de la milicia de la paz, llegaron al cuartel é inmediatamente ingresaron en la enfermería.

V

Noche angustiosa, eterna. ¿Qué hora será? Nadie sabe en la casa de Candito la hora en que se vive; mejor podría saberse la hora en que se muere. La alcoba principal vacía, es la del señorito. La alcoba interior, ataud anticipado de la madre á cuyas expensas vivía el hijo, no está vacía; sí impregnada de hálitos de muerte. ¿Qué ocurría allí? Que todo iba de prisa. A las ocho, la única sirviente de la casa, recibida hace dos días y dispuesta á marcharse, avisó por el portero al señorito, que Doña Mariana, su señora, ni hablaba ni conocía ya. Pero el señorito no fué habido; comía en no sé qué casa blasonada. Tiburcio el portero, llamó al Médico. Éste llegó asombrado de que se le avisara tan tarde: tomó un pulso que no encontraba, luego una luz, examinó el rostro de la enferma y exclamó: — Esto es cosa perdida. — Recetó la Extremaunción y se fué. En la escalera, tropezó con una mujer de blanca toca y manto negro. — Viene usted todavía á tiempo — le dijo. — La enferma está abandonada. Suba usted, suba usted. — La Sierva de María que conocía á Doña Mariana por el socorro mensual que le daba, no corrió, dió un vuelo de ángel y penetró en la alcoba.

¡Válganos Dios! Doña Mariana respiraba y nada más. Sor Paula, comprendiendo con ojo certero lo apurado del caso, pidió trajeran el último Sacramento; habló algo al alma de la anciana, que no la oía; advirtió que ésta sacaba un brazo como pidiendo; quiso aplicar á su boca un vaso, que ella rechazó, pero la enferma seguía señalando á la derecha. ¿Qué quería decir...? Vino un sudor frío que la Hermana enjugaba; luego sacudimientos poco perceptibles, movimiento de manos que arrollaban el embozo de la sábana; después ansias, congojas, un ronquido prolongado. Sor Paula se fijó en aquellas turbias y vidriosas pupilas; sacó un libro, se arrodilló y oró... hizo la recomendación del alma. Al terminarla, un tenue hilo de respiración, fué desprendiéndose de los labios de la enferma; su faz arrugada se iluminó; el hilo parecía acortarse; la Sierva invocó á María, pidiéndola el postrer consuelo. Y entró la Unción, que fué administrada *sub conditione*: la buena de Doña Mariana acababa de espirar. Sor Paula la cerró los ojos, lavó su cuerpo, la amortajó ella sola, cruzó sus manos y puso en ellas una cruz; se reclinó en una silla, rendida de fatiga y rezó más.

Observó que al tomar el vestido del hábito del Carmen, para vestir á la difunta, había tocado un papel oculto en el bolsillo, y recordando la acción de aquella mano que hacía el lado del vestido señalaba, sacó el papel, metido en un sobre abierto, y dificultosamente, por estar escrito con lápiz, leyó:

«Me siento hoy, regular, pero hace días tengo el

presentimiento de mi muerte, y por si esta noche voy á la presencia de Dios encargo al que esto lea, que cuando mi hijo venga de ese baile, nada le digan por el pronto, para que pueda descansar. Su madre muere bendiciéndole.»

Sor Paula, al leer esto, lloró... no por el alma ya segura de la madre, sino por la del hijo pecador...

Aun tardará en amanecer y la joven Sierva, olvidada de su belleza y juventud, permanece humillada al pie del lecho de muerte... haciendo acto de contrición, pidiendo perdón á Dios, por no haber llegado á tiempo de salvar la vida de su anciana bienhechora; misericordia por si no concertaba con su deber, su flaco espíritu y débil naturaleza.

Amanecía: el Conde jugaba al mus, en el Colmado. Lidia, al llegar á su casa acompañada de su encargado, no echó de menos á su marido; acostumbraba á faltar de casa, cinco ó seis días seguidos.

La campanita del Convento de las Madres Reparadoras, no lejano de la casa mortuoria, toca el *Angelus*. El Sacramento conforta, bendice y sigue presente allí, alumbrado por el primer rayo del sol, mientras que para el mundo, abrumado de dichas fugaces, la noche empieza entonces. Los cendales blancos de las piadosas mujeres, no han hecho el más leve movimiento. Allí sigue la velada de la oración.

Aquí muda, solemne, entera, fervorosa, resplandece la caridad, la velada del amor al prójimo, pensando esto tal vez: ¡Dios mío! ¡Dios mío! Dudas, incertidumbres, ansias y desmayos de la vida exterior, aléjalos de mí. Haz que caiga siempre del lado del sufrimiento, mejor que en las alegres simas del mundo. Concédeme el entusiasmo de la lucha; ¡perdón, Señor; perdón!

Se había oído el ruido de un llavín, que franqueaba la entrada á una persona. Abrióse la puerta del cuarto y, con la plena luz del día que venía de fuera, apareció un hombre vestido de colorado... Sor Paula se levantó, estremecida de terror ante aquella diabólica figura, cubriendo con su cuerpo la cama y el cadáver.

Candito, sin más preámbulo, con voz afeminada, preguntó:

— ¿Descansa...?

La Hermana de la Caridad, con dulce acento y entornando los ojos, respondió:

— Sí, señor, ¡descansa!

Y el máscara elegante, añadió bostezando:

— Entonces, me voy á acostar.

FERNANDO MARTÍNEZ PEDROSA.

LÁGRIMAS OCULTAS

Cuando ves por la mañana
Limpio el cielo, el sol riente,
No adivinas fácilmente
Que lloviendo amaneció.

Que la nube, ya lejana,
Descargando sus vapores
En el seno de las flores,
Muchas lágrimas vertió.

Seres hay muy desgraciados
Que aparentan alegría,
Y risueños por el día
Nos provocan al placer.

Y en la noche, desvelados,
Cuando el mundo está dormido,
Con el llanto reprimido
Van el lecho á humedecer.

MICAELA DE SILVA.

LIBROS NUEVOS

Madrid Viejo. — Costumbres, leyendas y descripciones de la Villa y Corte en los siglos pasados, por D. Ricardo Sepúlveda. Con numerosas ilustraciones de Comba y fotografías de Thomas. Madrid, librería de Fé.

La prensa de esta Corte y buena parte de la de provincias háñese ocupado de esta obra, continuadora principalmente de la que con gran conocimiento del asunto, escribió el ilustre Mesonero Romanos; de la de Fernández de los Ríos, Amador, Capmany y algunos más.

En círculo más estrecho y sin pretensiones de crítica, no podemos excusarnos de dedicar breves líneas á este libro, siquiera sirvan de felicitación al festivo escritor y poeta donosísimo, que hoy emplea su pluma en *evocar tiempos pasados, más atrasados, pero más dichosos*, según su expresión.

La obra del Sr. Sepúlveda es una colección de estudios de costumbres y rasgos de la Corte, sin carácter de generalización, *verdaderas palpitaciones del viejo Madrid*, como escribe el prologuista señor Pérez de Guzmán.

Siempre los recuerdos han sido de inefable contentamiento para el alma: como que recuerdos y esperanzas actúan en ella inclinándola á contrarias direcciones, y afianzando la idealidad y la poesía, siempre sostenidas por el ayer y el mañana. Mas cuando el ayer, como el del Madrid Viejo, se amontona en las hojas de un libro que quiere pasar por empolvado y lleno de telarañas, al salir de la imprenta; cuando pone en su relato y atavío un escritor de las condiciones del Sr. Sepúlveda, artificios poéticos de buena ley y espléndidas galas, que hermocean cuanto cubren, es el imán de los recuerdos tan poderoso, que el lector cree verse entre una sociedad resucitada dos siglos después de fenecida.

Señalar los artículos que más nos encantan de la colección de Sepúlveda, sería reproducir su índice. *La Misa de hora, La calle Mayor, El jueves de Corpus de 1623, El Mentidero de los Comediantes, Las Gradadas de San Felipe, Las posadas secretas*, son títulos capaces de despertar el apetito literario del más inapetente y desganado lector.

Al recomendar este volumen, no nos inquieta el temor de que el arrepentimiento moleste al que tenga el buen gusto de repasar los amenos artículos que contiene.

El mejor amigo. — Libro para los niños, por Doña Josefa Estévez de G. del Canto. Precedido de un prólogo por D. Antonio de Trueba. Salamanca, 1888.

Esta obrita, publicada con la censura y aprobación eclesidástica, es digna de elogio por la enseñanza sencilla y moral que en sus páginas atesora. En el informe que figura á la cabeza de *El mejor amigo*, se dice que resplandece en toda la obra la virtud, ataviada con el ropaje de una sencillez seductora, y del candor que conmueve los ánimos hacia la piedad; que el libro es digno de ponerse en manos de la niñez, y que las madres cristianas harán muy bien en servirle de él para la gran obra de educar sabiamente á sus hijos. — Otro tanto añade el popular novelista D. Antonio Trueba. — ¿Cómo no estar conforme con pareceres tan ilustrados?

El libro contiene cuentecitos y poesías muy bellas, como el romance de *San José y El Niño* y la glosa *El Ave Maria*.

Grandesa del poder espiritual de los Papas. — Discurso leído en la solemne velada literaria que celebró el Círculo de la Oratoria en honor de las Bodas de Oro de Su Santidad León XIII, por el Dr. D. José de Ramos López, Prelado doméstico de Su Santidad y Abad de la insigne Iglesia Magistral del Sacramento, Granada, 1888.

Con levantado criterio y erudición copiosa, el Dr. Ramos López ha escrito este discurso, en el que ensalza la espiritual potestad de los Pontífices. Refiriéndose á León XIII, dice que en su persona ve encarnadas tres revelaciones: la de la promesa divina, que asegura su poder y su inamovilidad; la del progreso, según el Evangelio, y la del aniversario de su Ordenación Sacerdotal, anuncio de futuro bienestar para el catolicismo.

Al final de este folleto, el Presbítero D. José Taronjé ha impreso un inspirado romance endecasílabo, alusivo al quincuagésimo aniversario de la Ordenación Sacerdotal de Su Santidad.

Manjito de flores. — Documentos y avisos para las almas piadosas. Madrid, 1888.

La Semana Católica ha publicado, para obsequiar á sus lectores, este cuadernito que contiene algunas

oraciones, método para asistir á la Santa Misa, modo de rezar con fruto el Rosario, y otros trabajos muy útiles al cristiano.

S.

ASOCIACIONES BENÉFICAS

ASILO DEL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS

Nuestra Iglesia celebra la *Novena al Patriarca San José*, dando principio el domingo 11, á las cuatro y media de la tarde, con Rosario, Sermón y Novena, continuando en los días sucesivos hasta el 19 inclusive, en que habrá por la mañana, á las diez, Misa solemne con panegírico del Santo, y por la tarde ejercicios como en los días anteriores. El primero y último día estará manifiesto Su Divina Majestad.

Durante la Novena predicarán los señores siguientes:

Día 11.— Por la tarde, á las cuatro y media, Don Donato Jiménez.

12.— D. Mariano Puyol y Anglada.

13.— D. Jaime Cardona.

14.— D. Donato Jiménez.

15.— D. Mariano Puyol y Anglada.

16.— D. Cándido Manzano.

17.— Sr. Sarmiento.

18.— D. Mariano Puyol y Anglada.

19.— Por la mañana, D. Carlos Díaz Guijarro, y por la tarde, D. Víctor Paniagua.

Seguirá la *Novena de Dolores*. Por la tarde, á las seis y media, se rezará la Corona Dolorosa y á continuación la Novena, terminándose con el *Stabat Mater*.

El último día, por la mañana, á las diez y media, Misa solemne con Sermón, y por la tarde los ejercicios, como los días anteriores.

Día 8.— *Dominica de Pasión*.— Predicará D. Miguel Barragán.

23.— *Viernes de Dolores*.— Por la mañana D. Carlos Díaz Guijarro, y por la tarde D. Francisco Díez de Rivera.

HERMANITAS DE LOS POBRES

Un nuevo Asilo.

Sobre la orilla izquierda del camino de la Prosperidad, y en la contigüidad de este barrio, se alza un edificio de ladrillo á medio concluir, en cuyos tejados flamean las banderas que señalan la feliz cubierta de aguas de una obra, junto á la cruz de piedra, que indica el fin religioso y de piedad de la construcción en la cual se enseña.

Nuestro propósito nos obliga á franquear la puerta de sus muros é indagar algo referente á aquel edificio.

La institución de las Hermanitas de los Pobres, hace cuarenta y ocho años que sin perder un solo día, practica la virtud de la caridad, dando elocuente ejemplo de su constancia.

El Asilo que construyó la Congregación en la calle de Almagro, donde aloja y asiste 324 ancianos, no ha sido suficiente á acallar sus deseos de hacer bien, sino que éstos han crecido en proporción de sus santas obras, y buscando terreno para levantar otra casa de misericordia no pudieron establecerse con más acierto en la Prosperidad, barriada sana y amplia, en donde no faltan pobres y necesitados, mal que pese al nombre que lleva.

La Congregación ha dado á su nuevo Asilo, capacidad para 100 ancianos de ambos sexos: ha invertido 150.000 pesetas próximamente en su construcción, y, según la respetable palabra de la Superiora, la caridad de todos, la limosna pequeña y no el cuantioso donativo del afortunado, ha suministrado los fondos que exigía la construcción.

El día 1.º de Marzo se inauguró; el Sr. Cura de San José bendijo y consagró la modesta capilla provisional del Asilo, y muchos fieles protectores de la obra, dirigieron al Señor sus preces por primera vez desde aquel santuario.

Invitados á visitar los departamentos del nuevo local, recorrimos sus dormitorios, galerías y corredores con gran contento de nuestro espíritu. Aunque hoy no existen en el establecimiento más que 42 ancianos, ya hemos dicho, que podrán albergarse 100 plazas. Hay dormitorios para este número, y camas con sus colchones y almohadas; pero la carencia de sábanas y colchas impide á las Hermanitas llenar su propósito, por el pronto.

En la planta baja, están los dormitorios de ancianos y la extensa y alegre cocina donde humea el alimento de todos los asilados. En la planta superior, tienen su comedor y dormitorios las ancianas, con excepción de las impedidas, que ocupan sala aparte. Las ancianas, tienen también un cuarto de costura con ventanas al campo, por las cuales entrará como don del cielo, á torrentes, la hermosa luz del sol.

Inefable placer se experimenta al recorrer aquellos departamentos de ancianos. La Sociedad y la caridad ferviente de las Hermanitas, amparan al pobre en sus últimos días, endulzando amargas anejas á los achaques del organismo y á los tristes recuerdos de la vida.

Algunos, á más de ancianos y pobres, son ciegos; otros están imposibilitados de andar.

Respetándolos y prodigándoles nuestro cariño, parece que nos engrandecemos; parece que recordamos aquella máxima pía, que dice: "Venera al anciano; en él debes ver el maestro de tu infancia, el defensor de tu patria, el cansado trabajador de tus talleres."

¡Bien hayan las Hermanitas de los Pobres y cuantos cumplen como ellas, misión tan digna y sublime!

Practicar la virtud con fe y perseverancia, es tarea encomendada por Dios á las grandes almas.

CRÓNICA

El Colegio de *Propaganda fide* ha tenido en la Iglesia de San Andrés de Roma, una sesión políglota con motivo del Jubileo del Sumo Pontífice.

Es curiosa la relación de esta fiesta. Primero se leyó un discurso de introducción en caldeo. La parte de la sesión dedicada á celebrar el Sacerdocio de León XIII se hizo en los siguientes idiomas: hebreo, caldeo clásico, siríaco, caldeo vulgar, armenio clásico, armenio vulgar, persa, lengua kurda, árabe y georgiano.

En la segunda parte se leyeron composiciones en latín, griego clásico, griego moderno, alemán, sueco, dinamarqués, noruego, búlgaro, rumano, ruteno, portugués é inglés.

En la tercera parte, en la cual de manera especial se celebraba el Jubileo, se leyeron composiciones en céltico escocés, bohemio, español, slavo, albanés, céltico irlandés, ruso, lengua ilírica, francés, húngaro, lengua de los indios indígenas de América, italiano, holandés y polaco.

— En el próximo mes de Junio celebrará su sexta Asamblea general en París, la importantísima Obra de los *Congresos Eucarísticos*.

España no dejará de estar representada, por su devoción al Santísimo Sacramento.

— El 2 de Marzo habrá salido de Marsella con dirección á Jerusalén, la 51 peregrinación. Tanto á la ida como á la vuelta, podrán los peregrinos descansar en Alejandría, Smirna y Constantinopla; recorriendo en su viaje Samaria, Judea y Galilea.

— Los periódicos locales y las eminencias musicales de Barcelona elogian extraordinariamente las facultades artísticas de un alumno del Conservatorio del Liceo, llamado Francisco Viñas, que se encargó de la *particella* de *Lohengrin* en el beneficio del maestro Goula.

Esto es un hallazgo, un verdadero tesoro escondido, pronto á mostrar su valor en las escenas de los teatros líricos.

— La más considerable biblioteca del mundo es la Nacional de París, que contiene 2.078.000 volúmenes. La del Museo británico posee un millón de volúmenes; 800.000, la Biblioteca Real de Munich; 700.000, la de Berlín; 500.000, la de Dresde, y 420.000 la de Viena.

Las Universidades de Oxford y de Heidelberg, poseen cada una una Biblioteca que no baja de 300.000 volúmenes. La Biblioteca del Vaticano, en Roma, sólo cuenta 30.000 obras; pero posee más de 25.000 manuscritos sumamente preciosos.

El país más rico en Bibliotecas es Austria con 577 y 5.475.798 volúmenes.

Rusia tiene 145 Bibliotecas con 952.000 volúmenes y 24.300 manuscritos, correspondiendo, dada la población del imperio moscovita, 1,3 volúmenes por cada 100 habitantes.

— La estadística de la prensa periódica, publicada por la Dirección general de Sanidad, es un trabajo útil é interesante, por el que felicitamos á aquel centro directivo.

— El día 20 de Febrero fué el aniversario décimo de la elección de León XIII como sucesor de Pío IX. Las recepciones oficiales y las solemnidades se aplazaron al 2 y 3 de Marzo, días de Su Santidad y aniversario de su coronación.

— La Embajada marroquí alojada en el hotel de Europa, en Roma, fué recibida con gran pompa á su llegada á la Ciudad Eterna.

Además de los regalos de Muley-Hassam para León XIII, trae la expedición hasta lechos portátiles y alimentos marroquíes para la Embajada compuesta de 18 personas, ó sean, el Ministro de Negocios extranjeros del Sultán, el hijo del Gobernador de Tánger, el Secretario del Sultán y su hijo, ambos literatos y cronistas, 14 servidores y dos Kaids.

En el hotel se ha hecho para la comitiva marroquí fuerte provisión de gallinas y arroz que condimentan cocineros árabes.

— Más de mil Señoras han asistido diariamente á los ejercicios espirituales verificados en la Iglesia del Colegio del Sagrado Corazón de Jesús, dando la comunión general el Rvmo. Sr. Nuncio Apostólico.

— El Rvmo. Sr. Arzobispo de Burgos ha publicado una Pastoral, erudita y llena de elevada doctrina teológica y filosófica, sobre la observancia de la Cuaresma y cumplimiento fiel de todas sus prescripciones.

Condena varios folletos obscenos é impíos, así como algunos periódicos heréticos.

— El total de libros publicados durante el año transcurrido de 1887 asciende á 5.686, de los cuales, 4.410 son libros nuevos y los 1.275 restantes, ediciones de otros. El número total es mayor que el de los pasados últimos años, en cuanto á libros nuevos sobre todo, sin que llegue al del año 1884, que fué 6.373. Los libros teológicos llegaron en 1886 á 752. Los de educación, á 691 el año 1883. Los históricos y biográficos, á 350 en 1886. Los poéticos y dramáticos, á 93 en igual fecha. El número de las obras científicas é ilustradas fué 138 en 1887. El de las que tratan de bellas letras llegó á 479 en 1886.

— Se ha publicado un Breve de Su Santidad concediendo á todos los Patriarcas, Arzobispos y Obispos del orbe católico, el derecho de usar birrete morado.

— No es posible puedan contarse más Exposiciones que en el corriente año. A más de la del Vaticano, las habrá internacionales, en Barcelona, Glasgow, Melbourne, Copenhague y Bruselas. Exposición nacional de la industria alemana se anuncia en Munich, á más de otra internacional de artes. Dos en Viena en honor del Emperador de Austria; nacional de la industria la una, é internacional de pintura y escultura la otra.

Génova tendrá Exposición de flores, frutos y arte de floricultura y horticultura; Bolonia, otra de música y de artes é industria, con el fin de celebrar el centenario octavo de su Universidad. Rusia proyecta otra Exposición de tejidos y maquinaria rusa en Warsaw. Berlín, á mediados del año, abrirá otra internacional de caza, pesca y otras diversiones, y en Londres habrá una Exposición italiana de estudios é ilustraciones sobre la vida romana en los tiempos clásicos y toda clase de pasatiempos y diversiones nacionales, trabajos de bellas artes é industria.

— En la construcción de campanas se ha sustituido, con éxito extraordinario, con la chapa de latón el antiguo bronce.

Las célebres campanas de Nuestra Señora de París, de San Esteban de Viena y las de Moscow, cada una de las cuales pesa 66.000 kilogramos, pueden cambiarse por otras del nuevo sistema, que no excedan en peso de 10 kilogramos.

Así lo afirman periódicos italianos, y si es cierto, con bien pequeño gasto se conseguirá una sonoridad análoga á la de las antiguas y pesadas campanas.

— Por los editores Sres. Montaner y Simón se ha publicado el segundo tomo de la nueva edición de la *Historia de España*, por Lafuente, continuada por Valera. Además de varios grabados intercalados en el texto, contiene dicho tomo algunas cromolitografías, que reproducen interesantes monumentos, entre ellos las coronas góticas de Guarrazar y la cruz de los Angeles de Oviedo.

La obra es digna de la casa que la edita.

— En una carta de Roma se lee que la Exposición del Vaticano, abierta tres veces por semana, es el punto de cita de la escogida sociedad de aquella población. Los dones enviados al Papa con ocasión del Jubileo, se valúan aproximadamente en más de 90 millones de pesetas ó sean 360 millones de rea-



PAISAJE, POR J. GUASCH.

les. Los regalos de los Soberanos son los grandes atractivos de la Exposición, descollando entre ellos el de la Reina de España, á quien tanto distingue Su Santidad.

— *Gran Concurso Internacional de Ciencias é industria de Bruselas de 1888.* — Los inventores del país están invitados al Gran Concurso, en la clase internacional del *Ingenio Industrial*. (Inventos con privilegio del Gobierno.) Se creó esta clase, para reunir en una sección especial las invenciones privilegiadas desde 1875.

Los participantes podrán exponer sus productos con poco gasto. El administrador de esta clase provee á todo lo relativo al emplazamiento, arreglo, instalación uniforme para todos, ornato del departamento, manutención, personal encargado de la conservación mientras dure la Exposición y de dar los informes que puedan interesar á los visitantes; en fin, de todos los gastos, salvo los de transporte. De este modo, el productor no tendrá necesidad de molestarse para estar representado.

En su calidad de expositor, puede concurrir si lo desea, figura en el Catálogo oficial, su invento está sometido á la apreciación de los Jurados competentes y recibe un diploma especial conmemorativo de participación.

Dirigirse: 22, rue des Palais, Bruxelles, al señor D. H. RACLOT, Director de la clase internacional del *Ingenio Industrial*.

— Para apreciar los progresos del Catolicismo en los pueblos de origen anglo-sajón y principalmente en los Estados Unidos de América, basta tener en consideración que habiendo, quince años antes de la independencia de tales Estados, en 1776, sólo 25.000 católicos dirigidos por 21 Sacerdotes, un siglo después, en 1876, llegan á 7 millones, al cuidado de 56 Prelados y 5.358 Sacerdotes, que administran 5.000 Iglesias y 3.711 Oratorios y estaciones religiosas: hoy existen 8 millones de católicos, 12 Arzobispados, 61 Obispos y 7.658 Sacerdotes.

Nueva-York cuenta con 59 Iglesias católicas; Brooklyn, 44; Filadelfia, 43; San Luis, 41; Chicago, 38; Cincinnati, 36; Baltimore, 27; San Francisco, 20.

Para que pueda compararse la población católica americana con la inglesa, terminamos estas cifras anotando que existen en Inglaterra 1.586.033 católicos y 1.463 Iglesias y Capillas.

NOTAS SUELTAS

— ¿El teatro está en decadencia...? ¿Por qué? Los actores contestan despacito y mala letra:

Dos eminencias. — No está decadente el teatro

que durante cincuenta años... (*Aparte.*) Lo tomamos de bastante atrás, para disimular...

Un actor famoso y sincero. — La misión del teatro es instruir deleitando. Hoy hay más teatros y más afición que nunca. Pero con la mayoría de los espectáculos que presencia el público, en lugar de instruirse, se embrutece; luego el teatro decae.

Otro actor director. — No creo que está en decadencia el teatro español... (que lo diga *Ferreol.*)

Un actor simpático. — Si lo está, la poca severidad en el juicio público, tendrá la culpa.

Una célebre característica. — El teatro es un arca cerrada, como dijo el otro... (Vamos, como un melón, que hasta que no se cala...)

Una joven primera actriz. — Si lo está, el menosprecio al arte patrio y el realismo tienen la culpa. (Bien se explica la muchacha.)

Otro joven primer actor. — La generación venidera contestará... (Justo, ya está tomando apuntes.)

Uno. — ¡La culpa tiene mi tío...!

Otra. — ¡Y mi tía...!

Coro de señoras. — No sabemos nada, nada, nada. (Ya ven ustedes: nadie sabe nada á punto fijo.)

— Llega el final del drama, y Calvo se suicida...

— No, señor; Calvo no tiene motivos para eso, que ya le han subvencionado dos veces...

— Ah, sí, el que se suicidó, fué el autor que elige estos asuntos.

Las monjas en zarzuela. En la portería del convento se dicen chistes verdes. El público católico riendo á carcajadas...

— ¿Quién está en mayor decadencia, el teatro ó el público?

— Pero, hombre, ¿cómo se atreve usted á comparar los tiempos pasados con los presentes?

— Claro que no; aquellos eran mejores.

— Niégolo; antes había más hipocresía, pero ahora hay más virtudes.

— Ya, y precisamente por eso la sátira, la novela, el teatro se ceban en ellas.

— ¿Qué quiere usted que hagamos? Como la virtud aguanta...

— Lo natural y lo heroico sería tronar contra los vicios...

— No, que esos pegan.

Un marido á su mujer:

— Hija, tanto como me gustan las aves y nunca las veo.

— Como vuelan, las ves en el aire.

— Más cerquita las quería yo.

— Ahora van á poner muchas en el jardín zoológico del Retiro y podrás recrearte con ellas.

— No, mujer; comprende que lo que deseo es verlas en el plato.

— ¡Ah! ya me darás dinero para comprar una vajilla de pajaritos, que son permanentes.

— Oye, esposa; desde mañana no vuelvo á comer pan, que tiene sustancias nocivas.

— Bueno; te traeré escarola.

— Yo, de todas las amigas, prefiero á Julia.

— ¡Tan insípida!

— Pues anima la conversación, las pocas veces que habla.

— Tan callada...

— Pues se hace oír con interés.

— Tan poco elegante...

— Pues yo tomaría por tipo, sus cuatro trapos.

— Tan fea...

— Pues á mí me parece hermosa.

— No sé qué la encuentras...

— El no sé qué... ¿No te pasa á tí lo mismo, mamá?

— Ya lo creo: ese no sé qué ya se usa poco...

— ¿Cuál es?

— La modestia.

IMAGENES PARA EL CULTO CATÓLICO

A fin de dar á conocer las imágenes en madera en todas las clases que se construyen en el taller de escultura de **D. TOMÁS PICÁS, DE BARCELONA**, ha establecido un depósito en esta Corte en el antiguo almacén de galerías, bastones y molduras.

LA FORTUNA
Caballero de Gracia, 46.

JABÓN REAL	VIOLET <i>único inventor</i>	JABÓN
de THRIDACE	29, B ^d des Italiens, PARIS	VELOUTINE

Recomendados por autoridades médicas para higiene de la piel y belleza del color.



ARTICULOS RELIGIOSOS

25, Preciados, 25

(Frente á la Plaza del Callao)

ESTATUAS RELIGIOSAS

OBJETOS DE ARTE

Especialidad en adornos y recuerdos para cementerios, muy principalmente en coronas fúnebres, todo procedente de las primeras fábricas de París y Viena.

25, Preciados, 25, Madrid.

Tip. de los Huérfanos, Juan Bravo, 5. — Teléfono 429.